

El informe que escribió Artimodoro Correa sobre el caso Nolasco Vílchez Temoche empezaba cuarenta y ocho horas antes de su vuelo de retorno al Perú, cuando dos agentes de la policía del condado de Middleton —hombre y mujer— tocaron la puerta de su habitación del hotel Marriott instalado en el complejo de la Universidad de Georgetown en Washington. En una primera versión, basándose en su *Diario de viaje*, acaso porque habiendo cumplido su compromiso con la universidad disponía de más tiempo y sobre todo porque sería su penúltimo día en el D.C., Correa abundaba en detalles sobre el inicio de su jornada matinal que incluían minuciosas descripciones de los diferentes ambientes del campus universitario, por ejemplo la animación que reinaba en uno de los comedores donde había venido desayunando desde su llegada al hotel, además de anotaciones sobre la lluvia torrencial, con truenos y rayos, que se había desatado en la madrugada inaugurando el otoño en Washington, pero, por razones que luego se explicarán, había suprimido todo esto, para dar paso a una redacción más escueta y directa, en la que solo retuvo la fecha: jueves 23 de setiembre de 1996.

---

De modo que, desde la ventana de su habitación en el quinto piso, Correa miraba el hermoso campo de deportes, con espléndidas pistas atléticas de tierra colorada, que lucía empapado, con enormes charcos que empezaban a resplandecer por el sol otoñal, y muchachas y muchachos universitarios haciendo gimnasia o compitiendo en carreras de cien metros o de fondo por las pistas anegadas. Cuando sonó el timbre de la puerta, Correa miró su reloj: todavía faltaba más de una hora para que Víctor, su guía en la ciudad, viniera a buscarlo al hotel para completar el programa de visitas a los sitios turísticos y de interés histórico y político de la capital que sus anfitriones del Departamento de Literatura Hispanoamericana habían preparado para él. Le sorprendió que Víctor hubiera subido a la habitación sin antes anunciarse desde la recepción, entonces escuchó tres nuevos timbrazos, mientras la voz de un hombre en inglés, y en español la de una mujer, le pedían no sin cortesía pero con firmeza que abriera la puerta, presentándose como agentes de la policía.

En forma casi automática, antes de abrir, Artimidoro Correa pensó en su situación legal: el pasaporte estaba en regla y además había sido invitado por una institución universitaria prestigiosa, así que no había por qué preocuparse, ya que el enredo político y policial en el que se había visto envuelto en Lima en los años más críticos de la guerra interna era cosa del pasado. Vestidos de civil, luego de mostrar sus insignias, el hombre —de raza negra, más bien mulato, de cuarenta y pocos años— se identificó como el teniente Jack Collin y la mujer, como la sargento Everne García, quien, pese a su apellido de raíz hispánica y a su español fluido de cepa caribeña, era una rubia razonablemente atrac-

tiva de ojos azules, de no más de treinta años. Cuánto renegó al día siguiente ante su amigo César, ya que, en verdad, sin que los agentes se lo solicitaran, Correa se apresuró a buscar en su portadocumentos el pasaporte y enseguida lo entregó al teniente Collin. Este, en cuyo rostro de piedra se dibujó una leve, irónica, sonrisa, recibió el pasaporte, le dio una rápida mirada y luego se lo devolvió diciéndole que no se preocupara, pues todo estaba en regla. Pese a su pronunciación espantosa, Correa podía entender y hasta sostener una conversación más o menos fluida en inglés, pero por instinto de conservación, o por lo menos por prudencia, fingió no comprender y demandó ayuda de la sargento García.

De esta manera, le contó a César, estableció el mecanismo del diálogo o, si fuera el caso, del interrogatorio, lo que le permitiría pensar mejor sus respuestas y expresarlas con la mayor concisión posible. Luego, mientras los dos policías hablando en inglés se ponían de acuerdo, Correa no solo recuperó el aplomo y controló el ligero temblor de las manos, sino que tuvo la suficiente prestancia como para demandar (es verdad que en un tono no contencioso) una explicación por esa interrupción de su privacidad. Les preguntó si, dada su ciudadanía, tenían potestad y jurisdicción para interrogarlo, puesto que acababan de reconocer que sus documentos estaban en regla. Todavía iba a agregar algo más, pero el oficial Collin, a través de la agente García, le pidió formales disculpas por las molestias que le estaban causando. Sin embargo, apelando a su condición de huésped y, se suponía, de amigo del pueblo norteamericano, lo invitaban a acompañarlos a la comisaría de Middleton para, de manera extraoficial desde luego, formularle algunas preguntas sobre un compatriota y amigo suyo.

---

*¿Qué amigo? ¿Qué compatriota?*, quiso preguntar al instante, pero reprimiendo su sorpresa y curiosidad, y cierto temor, les dijo que lamentaba no poder acceder a su invitación, por la razón siguiente: tenía compromisos adquiridos con sus anfitriones que llenaban todo su día. Precisamente, explicó, dentro de unos minutos un profesor vendría a recogerlo. Los dos agentes se miraron, pero fue Everne García la que, consultando su libreta, respondió *Entonces, señor Artimodoro Correa, cancele sus compromisos de mañana porque a esta misma hora vendremos para conducirlo a nuestro recinto. Y no se preocupe, añadió, que nosotros mismos lo traeremos de vuelta al hotel.*

En el informe, Correa reconocía haber obrado con torpeza, pues su simulada arrogancia, con la que ocultaba un miedo inexplicable, le impedía ahora preguntar el nombre de su misterioso amigo y compatriota. ¿Quién podía ser este supuesto amigo? No, por cierto, César Ruesta ni Nolasco Vílchez, los únicos amigos, o por lo menos conocidos cercanos, que tenía en Washington, ambos afincados desde hacía muchos años con sus respectivas familias en la ciudad y, según sabía, integrados con éxito a la sociedad norteamericana, ni el joven Víctor que estudiaba un doctorado en la Universidad de Georgetown. En cuanto a los otros profesores del departamento, ninguno era peruano. Por fortuna, el teniente Jack Collin, cuando ya se disponía a abrir la puerta para salir, le preguntó de pronto si le decía algo el nombre de Nolasco Vílchez.

*¿Lo conoce, señor Correa?*

Nolasco Vílchez. Nolasco Vílchez Temoche.

Correa lo conocía: no solo era compatriota y paisano suyo, sino que siete días atrás, al llegar a Was-

hington, había sido su huésped. ¿Qué le había ocurrido? ¿Un accidente? ¿Lo habían secuestrado? En el informe, Correa afirma que los siguientes segundos lo invadieron muchos pensamientos y recuerdos, pero una voz interior le dijo que debía mantenerse alerta y limitarse a responder solo las preguntas que los polis le formularan.

—¿Lo conoce? —repitió Collin—. ¿Es su amigo?

—No diría que somos exactamente amigos. Pero sí, lo conozco —admitió—. ¿Le ha ocurrido algo?

Los agentes se miraron con gesto que, en opinión de Correa, revelaba cierto tipo de complacencia alborozada.

—Mañana, señor Correa —dijo Collin—. Mañana. Usted mismo acaba de decir que hoy no dispone de tiempo y respetamos eso.

La agente Everne García añadió:

—Descuide, mañana hablaremos en la jefatura. Entre tanto, doctor, disfrute de su paseo.

—¡Oigan! —exclamó Correa, procurando controlar la ansiedad que empezaba a embargarlo—. Por lo menos díganme de qué se trata.

Cambiando el tono de su voz y mirándolo de frente, Collin le preguntó:

—¿Conoce a Karen Spiegel?

—¿Karen Spiegel? Nunca retuve el apellido de Karen —dijo—. Supongo que es la esposa de Nolasco. Sí, sí... —aceptó—. La conozco.

Ahora el rostro de Collin adquirió un aire entre triunfal y ofendido.

—La asesinó, Correa —declaró—. ¿Entiende? La asesinó. Esto es lo que hizo su compatriota y amigo: asesinó a su esposa, una norteamericana a toda prueba. Y créame que la asesinó de la manera más salvaje.

En el informe, Correa afirma que no encontraba palabras para describir el impacto que le produjo la noticia. *¿Estupefacción, incredulidad, asco, terror?* Todo esto, pero lo que más recuerda y le avergüenza es que lo invadió también un absurdo sentimiento de rencor y odio contra Nolasco Vílchez, como si este hubiera cometido el homicidio para comprometerlo de alguna manera y echarle a perder los días gratificantes que había pasado en Washington. La voz reiterada de la agente García lo hizo volver en sí.

—¿Me escucha, señor Correa? ¿Cuándo fue la última vez que llamó por teléfono a Vílchez?

—No sé —respondió—. Creo que el domingo.

—¿Está seguro? ¿Piénselo bien! —demandó la agente.

—A las diez, dijo Correa. Tal vez a las once del día.

—Según el informe del forense —prosiguió Everne García—, a esa hora su compatriota Vílchez estaba terminando la faena que debió empezar en la madrugada, ¿verdad teniente?

—Sí, sargento, entre la una y las tres de la madrugada —aseveró Collin, y enseguida se volvió para dirigirse a Correa—: Mañana le contaremos cómo fue que la convirtió en fiambre —dijo—. Pero si desea un adelanto, lea el vespertino *The Inquirer*. El de anoche. No sé cómo esos hijos de puta se enteraron del caso que manteníamos en estricta reserva y ahora tendremos que lidiar todo el maldito día con los cabrones de la televisión. ¡Maldición, Correa! Ese tabloide es la peor mierda de Washington, pero, créame, esta vez la basura que publica no está lejos de la verdad.

Cuando se quedó solo, Correa tuvo una sensación de irrealidad, de extrañeza y de absurdo. ¿Quién

era Nolasco Vílchez Temoche? Aunque lo había conocido durante la infancia y la adolescencia, no había sido exactamente su amigo. Muchos años después lo encontró en Huamanga. Le había parecido un hombre afa-ble, feliz por haberse casado con una mujer norteamericana, al lado de quien se paseaba por los portales de la plaza Sucre con un incontrolado orgullo. Y recordó la vez que, teniéndola abrazada por los hombros, se la presentó en el cafetín de la universidad de esa ciudad. Y ahora, casi treinta años después, la había asesinado despiadadamente.

Miró el reloj: dentro de quince minutos vendría a recogerlo Víctor. Decidió que en un primer momento no le contaría sobre el incidente que acababa de pasar ni sobre lo que acababa de enterarse. Antes tendría que conseguir *The Inquirer* y hablar con César Ruesta, a quien le contó de la existencia de Vílchez Temoche aquí en Washington.